FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

ARCHIVOS DEL MUSEO ETNOGRÁFICO

12

RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ

POR

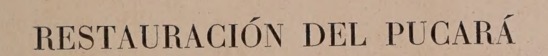
SALVADOR DEBENEDETTI

Capítulo separado de *Las ruinas del Pucará*
(Número 2 de los Archivos del Museo Etnográfico)

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1929





RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

ARCHIVOS DEL MUSEO ETNOGRÁFICO

RESTAURACIÓN DEL PUCARÁ

POR

SALVADOR DEBENEDETTI

Capítulo separado de *Las ruinas del Pucará*
(Número 2 de los ARCHIVOS DEL MUSEO ETNOGRÁFICO)

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1929

Museo Etnográfico

Director: Doctor Salvador Debenedetti.

Encargado de Antropología: Profesor Milcíades Alejo Vignati.

Adscriptos: Arquitecto Héctor Greslebin.

Doctor José Imbelloni.

Señor Francisco de Aparicio.

Ayudante de Antropología: Señor José Pozzi.

La correspondencia y pedidos de informes dirigirlos al:

Director del Museo Etnográfico

Moreno, 350. — Buenos Aires

RESTAURACION DEL PUCARÁ

En enero de 1910, la tercera expedición arqueológica realizada al Pucará por el Museo Etnográfico de la Facultad de Filofía y Letras, acampaba en la población de Tilcara para continuar los trabajos de exploraciones en las vastas ruinas, iniciados dos años antes. La ciudad fortificada había sido excavada profusamente en los barrios situados al Sur y al Oeste y se había dado comienzo a las investigaciones en la gran serie de edificios emplazados en la parte Norte del cerro. Las construcciones ubicadas en el amplio faldeo Noreste y Este permanecían intactas, apenas visibles entre la tupida vegetación de pencales y pequeños y espinosos arbustos. Restos de muros de contención, dislocados, al borde de confusas terrazas, alternaban con murallas derrumbadas o pedazos de borrosos cimientos, aflorantes entre la infranqueable maleza. Era imposible penetrar en aquel caos de desmoronamientos sucesivos, de edificios caídos, de muros que alguna vez marcaron la orientación de sendas y caminos o delataron la existencia de algún rancho indígena o parapetaron a los guerreros de la fortaleza en horas lejanas de angustiosa defensa.

En algunos claros no invadidos aún por las pencas rastreras, se veía emerger una que otra piedra, denunciando una construcción sepultada entre los escombros de viejos derrumbes; los recintos pircados, con el andar del tiempo, se habían rellenado con

los casquijos y la tierra procedentes de las paredes y techos arrastrados en su caída. La impresión que producían estos faldeos de aspereza salvaje, inaccesibles, era de abrumadora desolación (Lámina I). Una especie de desaliento nos detenía en la empresa de abordar resueltamente las excavaciones en esta zona del Pucará. El medio se nos presentaba hostil y de dificultoso acceso y, por otra parte, el aspecto miserable que ofrecían las escasas y visibles ruinas era de vago interés y de resultados que sospechábamos pobrísimos para las exploraciones.

Después de algunas tentativas y sondeos aislados, que pusieron de manifiesto la existencia de antiguos cimientos de edificios arrasados, resolvimos con el Doctor Ambrosetti, jefe de la expedición arqueológica, atacar de lleno las excavaciones en la zona con todos los elementos de trabajo disponibles. A medida que se avanzaba en la penosa tarea más potentes eran los vestigios de grandes construcciones, aparentemente dispuestas al capricho y sin concierto. Fueron así apareciendo sucesivamente: espesos muros de contención, bordeando terrazas bien definidas; murallas encontradas, formando ángulos de viviendas de variadas dimensiones; cámaras sepulcrales con restos humanos destruídos y humildes ajuares funerarios, comprimidos bajo el peso de las piedras y la tierra; recintos pequeños, hábilmente construídos, utilizados, tal vez, por los viejos pobladores como graneros o depósitos de provisiones, reservadas para los largos días de incertidumbre y de duras necesidades; grandes molinos de piedra ubicados casi siempre entre las cenizas y carbones de hogares que se enfriaron para siempre desde el remoto día del éxodo de las últimas gentes del Pucará; cántaros de uso diario y vasos funerarios, colocados cuidadosamente contra los muros de las viviendas, denunciando un despoblamiento de la comarca llevado a término con toda serenidad; centenares de utensilios de las más variadas aplicaciones, desde el cincel de bronce hasta el fino topo de hueso, desde la basta pala de piedra hasta la delicada aguja de tejer.

Muchos días se emplearon en remover escombros, en exhumar el material arqueológico allí sepultado y en poner a la brillante luz del sol las numerosas murallas que se iban descubriendo paulatinamente durante las excavaciones.

Cuando el trabajo, ya avanzado, permitió ver con claridad las líneas generales de las construcciones allí existentes y fué posible apreciar nítidamente el poderoso e inteligente esfuerzo de los constructores del Pucará, surgió en nosotros, de improviso, la idea de restaurar las ruinas de la antigua población, al menos, en aquella zona. Quedó convenida, entonces, con el Dr. Ambrosetti, su inmediata realización. Era la primera vez en nuestro país que iba a procederse a la restauración parcial de una ruina.

Por otra parte existía una razón poderosa y fundamental que animaba y alentaba nuestro propósito : la necesidad de examinar en toda su totalidad y amplitud los restos arqueológicos abandonados en las construcciones. Hasta entonces sólo habían sido explorados aquellos lugares cuyos visibles vestigios externos denunciaban una supuesta importancia. Por esas razones se excavaron, en un principio, las tumbas cilíndricas de las distintas necrópolis y se hurgaron los ángulos de las viviendas en busca de cámaras funerarias ; luego se eligieron aquellos edificios que por su mejor estado de conservación y la selección del material empleado en su construcción, ofrecían un mayor interés, en nuestro afán de acopiar el mayor número de piezas arqueológicas.

Finalmente, deseábamos ofrecer una impresión nueva y de conjunto de un fragmento de ruinas restauradas, junto a la visión caótica del resto del fortificado Pucará. El tiempo era propicio para ello y única la oportunidad. Sabios investigadores que habrían de concurrir a las sesiones del XVII° Congreso Internacional de los Americanistas a celebrarse en Buenos Aires en el mes de mayo de aquel año de 1910, en su viaje a Bolivia tendrían la ocasión magnífica de contemplar en toda su realidad las, en parte, restauradas ruinas del Pucará.

Si bien el proyectado viaje de los americanistas al través de la Argentina y la visita al Pucará, cuidadosamente organizada, no se realizaron por insalvables circunstancias, ajenas a la voluntad de los viajeros, éstos, al deslizarse al pie de las ruinas, en su tránsito a Bolivia, recibieron todas las noticias y pormenores de los trabajos ya iniciados para la restauración de la hermosa fortaleza indígena (1). Pudieron entonces comprender la importancia que tendría para la arqueología argentina una restauración total del Pucará, tratándose de una posición estratégica que en los tiempos prehispánicos estuvo en los deslindes de culturas distintas y encontradas. Americanistas famosos como Eduardo Seler, Franz Heger y, posteriormente, Max Uhle y Cecil Breton apoyaron con entusiasmo los trabajos iniciales de la restauración y nos animaron cálidamente para llevarla a término con urgencia.

Los años han pasado desde entonces y las expediciones arqueológicas del Museo Etnográfico condujeron sus exploraciones a otras lejanas comarcas en busca de soluciones previas de los grandes problemas de nuestro pasado precolombiano; en repetidos viajes nos detuvimos en lugares inmediatos al Pucará y siempre que fué posible se llegó hasta él, llevando en el ánimo el viejo propósito de su definitiva restauración. El comienzo ha sido ejecutado precariamente: su prosecución queda librada a los tiempos que van corriendo. El malogrado doctor Ambrosetti, bajo cuyas miradas de bondad invariable se realizaron los primeros trabajos de restauración, satisfecho ampliamente de sus resultados, pudo con justicta afirmar en nuestros apuntes y diarios de viaje: « *nos queda la satisfacción de que por muchos años quedará esta obra de reparación, efectuada por el Museo Etnográfico de la Facultad de*

(1) Debenetti, Salvador, *Excursión del XVII° Congreso Internacional de los Americanistas a Bolivia y Perú (Del diario de viaje)*, en *Actas del XVII° Congreso Internacional de Americanistas, sesión de Buenos Aires, 17-23 de mayo de 1910, publicadas por* Robert Lehmann-Nitsche, págs. 627 y sigts. Buenos Aires, 1912.

Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, como iniciativa fecunda de lo que habrá que hacerse en pro de nuestras ruinas, a igual de lo que ya se hace en otras partes del mundo civilizado (1).

La porción restaurada del Pucará, como hemos dicho ya, se encuentra en la falda oriental del cerro, ocupando cuatro terrazas ascendentes, con una superficie aproximada de 2000 metros cuadrados. Resulta una fracción mínima si se la compara con la superficie total de las ruinas, calculada en 170.000 metros cuadrados. Las murallas de los edificios y otras construcciones de finalidad determinada, restaurados durante nuestras investigaciones, suman, más o menos, unos 400 metros lineales, longitud insignificante si se tiene presente que el desarrollo total de los muros que componen las más de mil construcciones en ruinas, delimitadas por el camino principal de circunvalación interna, oscila entre 30 y 35.000 metros lineales. En esta tentativa de restauración se invirtieron 30 días de trabajo continuado, utilizandose un numeroso personal de *pircadores* criollos, seleccionados de entre los más aptos para esta delicada tarea.

La restauración se verificó con relativa facilidad. No fué necesario transportar desde larga distancia, ninguna clase de material, como hubiera ocurrido necesariamente si se tratara de otras conocidas ruinas que han sido casi arrasadas, saqueadas o convertidas en canteras.

Ningún cimiento fué modificado ni alterada en lo más mínimo la estructura de ninguna construcción existente. Los trabajos se iniciaron rehaciendo las murallas de la terraza más baja que mira hacia el estrecho y pequeño valle que abraza al Pucará por el rumbo Este (Lámina II, 1).

Para levantar las paredes de los edificios y consolidar los ci-

(1) J. B. Ambrosetti y S. Debenedetti, *M. S. y Diarios de viajes*, existentes en los Archivos del Museo Etnográfico.

mientos, en parte dislocados, se emplearon las mismas piedras que por su posición y tamaño era evidente que habían pertenecido a las viejas e inmediatas construcciones. Del interior de los recintos pircados se extrajo gran parte de la tierra suelta mezclada con piedras y se ahondaron las excavaciones hasta encontrar el suelo firme que constituyó el piso primitivo de las viviendas. Con todo este material extraído, que sumaba muchos metros cúbicos, se rehicieron las murallas, batidas en seco. Todos los edificios de esta primera terraza se encuentran emplazados sobre un plano suavemente inclinado hacia el Norte, cuyo término se encuentra a un centenar de metros de la puerta principal de acceso, frente al gran cono de deyección del Guasamayo (Lámina II, 2). Los edificios rehechos en esta primera tentativa de restauración son, en su casi totalidad, de planta rectangular y de dimensiones variadas. Por excepción se encuentra una puerta de acceso abierta a un camino principal: en general, las entradas a las viviendas se verificaban por los pequeños senderos de circulación interna. Numerosas inhumaciones se descubrieron durante estos trabajos de remoción de escombros y casi siempre lo fueron en los ángulos de los edificios. Se abrieron cámaras cilíndricas sepulcrales y simples sepulturas; se revisaron numerosos fogones en interiores de recintos; se registraron prolijamente las supuestas viviendas y de todo ello, finalmente, se extrajo un material arqueológico tan numeroso como importante. Las murallas, en esta primera sección restaurada del Pucará, alcanzan una altura máxima de 2 m. 10.

Terminada con éxito la exploración y restauración de este primer conjunto de edificios, se procedió a efectuar lo mismo en una terraza superior, ocupada por un gran reducto, bordeado por los restos de una espesa muralla derrumbada.

Limitaba esta muralla por el rumbo Este un amplísimo recinto donde se veían, regularmente distribuídos, algunos pequeños muros paralelos entre sí que, arrancando de ella, terminaban a pocos metros de recorrido, adquiriendo el aspecto de espolones de con-

tención, calculadamente dispuestos (Lamina III, 1). Del lado externo de esta gran muralla, es decir, hacia la parte que cae sobre la inmediata terraza inferior, en la que fueron restaurados numerosos edificios, pudo también rehacerse un poderoso murallón de conexión entre ambas terrazas (Lámina III, 2). Durante estas restauraciones fué posible aclarar algunos senderos de acceso a las viviendas, cuyos arranques se inician siempre en caminos principales.

En las terrazas intermedias se restauraron algunos edificios, cuyos detalles de construcción, puertas de acceso, caminos y conjunto general se ven nítidamente en la Lámina IV, 1 y 2.

Estas restauraciones iniciales quedaron interrumpidas desde entonces, pero la esperanza de reanudarlas no nos abandonó jamás, El retazo del Pucará rehecho tras dura labor acentuó nuestra convicción de emprender alguna vez la total restauración. Como ya se ha dicho, el naciente Museo Etnográfico continuó sus exploraciones arqueológicas en otras regiones del Noroeste argentino y nuestro proyecto sufrió un largo compás de espera. Hoy al emprender la publicación de este trabajo sobre las conocidas ruinas, después del viaje realizado en los comienzos del año que va corriendo, hemos querido agregar este capítulo por considerar que la restauración del Pucará será un feliz y provechoso coronamiento de las investigaciones iniciadas tan promisoramente en 1910, bajo la dirección del doctor Ambrosetti.

Se presenta, pues, la posibilidad, única hasta el presente, de explorar en todo sentido y con toda intensidad una ruina argentina de indiscutible importancia e interés. El Pucará ha sido explorado sólo en extensión y superficialmente. Hasta hoy se han verificado solamente dos ensayos de estudios en profundidad, con resultados negativos para la arqueología pucareña. Una excavación total, con las restauraciones pertinentes, permitiría determinar con ajustada precisión la sucesión cronológica de culturas, distintas en caracteres y procedencias, evidentemente puntualizadas durante los tra-

bajos realizados por el Museo Etnográfico. Lo restaurado es una porción insignificante en relación con el conjunto de las ruinas y en nuestro concepto, tratándose de sectores periféricos, naturalmente debieron ser menos ricos, pero, por ello, no menos interesantes.

Los restos exhumados de la cultura material de los antiguos habitantes del Pucará no se presentan aisladamente ; en la Quebrada de Humahuaca en la misma profusión y en la misma superficialidad fueron descubiertos, con posterioridad, en las fortalezas indígenas de Perchel, Yacoraite y Kalete y en poblaciones en ruinas, como Los Amarillos y La Huerta en la parte Norte de la quebrada o en las que, lateralmente, descienden a ella. Sin duda, restos arqueológicos sepultados en el Pucará, quedan a millares. La conveniencia imperiosa de proceder a su extracción total es demasiado evidente, razón por la cual es inútil insistir. Fuera de estas consideraciones generales sobre los beneficios que tendría para la arqueología del Norte argentino, la restauración del Pucará daría la ocasión única de conducir didácticamente la enseñanza y aprendizaje de las disciplinas arqueológicas por los caminos que se exigen en estas investigaciones. La posición excepcional en que se encuentra ubicado el Pucará ; la vecindad de una población importante llena de recursos y atractivos, aprovechables por el turismo que va adquiriendo año tras año proporciones mayores ; el fácil acceso a las desoladas ruinas ; las incomparables condiciones de benignidad de clima y belleza de ambiente ; las proximidad con lugares explorados ya, donde se han descubierto productos de la cultura humana prehispánica distintos en absoluto a los del Pucará ; la comodidad para establecer comparaciones necesarias entre los distintos cerros fortificados que se suceden sin interrupción a lo largo de la quebrada de Humahuaca, conceptuada como ruta internacional desde los tiempos en que campeaban exclusivamente las culturas indígenas ; la necesidad de agotar sistemáticamente la riqueza de todo orden de un yacimiento del valor del Pucará, son

todos factores favorables que, sumados a los ya enunciados, no sólo incitan y simplifican las tareas de una restauración sino que determinan y aseguran de antemano el más franco éxito. Estos trabajos que, seguramente, exigirán algunos años de contracción continua, demandarán el esfuerzo y concurso de muchos estudiosos, ávidos de investigar en campos vírgenes. Las ruinas del Pucará, como ninguna otra, en nuestro dilatado territorio, se presenta en mejores condiciones para realizar allí los propósitos sucintamente enunciados.

Buenos Aires, Septiembre de 1929.

LÁMINA I

LÁMINA I

Aspecto salvaje que ofrecía la ladera oriental y Norte del Pucará, antes de dar comienzo a las exploraciones arqueológicas y a los trabajos de restauración de las ruinas.

(Fot. de la Exp. Arq.).

LÁMINA 1



FOTOTIPÍA FRANZ GESER

LÁMINA II

LÁMINA II

1

Aspecto de las primeras murallas restauradas en la terraza inferior del faldeo Este del Pucará que cae al pequeño valle cultivado. El río Guasamayo, sangrado desde sus cabeceras, provee de agua a la población de Tilcara y de riego a este estrecho valle.

(Fot. de la Exp. Arq.).

2

En primer plano: murallas de edificios restaurados en la terraza inferior del Pucará. En segundo plano: La porción terminal del gran cono de deyección del Guasamayo y, al fondo, en último término, las serranías de Humahuaca que corren de Norte a Sur.

(Fot. de la Exp. Arq.).

LAMINA II



1



2

FOTOTIPÍA FRANZ GESER

LÁMINA III

LÁMINA III

1

Gran muralla restaurada en el veril de una terraza, vista desde el interior de las ruinas del Pucará. Se puede observar la escalonada serie de pequeños muros de contención que actúan como espolones de la gran muralla.

(Fot. de la Exp. Arq.).

2

Construcciones emplazadas en las dos terrazas superiores del Pucará, unidas entre sí por un sólido muro. Entre ambas terrazas corre un camino. En el último plano de las restauraciones es posible observar los muros de un gran reducto fortificado.

(Fot. de la Exp. Arq.).



1



2

FOTOTIPÍA FRANZ GESER



LÁMINA IV

LÁMINA IV

1

Detalles de viviendas restauradas, distribuídas en una terraza, a media falda del Pucará. Al fondo: la serranía que bordea y contiene, en su desembocadura, al torrente del Guasamayo.

(Fot. de la Exp. Arq.).

2

Edificios restaurados en tres terrazas. Se ven claramente las puertas de acceso y la distribución de los caminos. Al fondo se dilata la quebrada de Humahuaca en ascenso hacia el Norte.

(Fot. de la Exp. Arq.).

LÁMINA IV



1



2

FOTOTIPÍA FRANZ GESER